

El Obrero Balear

PERIÓDICO SOCIALISTA, DEFENSOR DE LA CLASE TRABAJADORA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Palma 0'25 Pesetas al mes
Fuera de la capital. 1'00 " trimestre
Extranjero y Ultramar. 1'25 " "

APARECERÁ LOS SÁBADOS

Redacción y Administración: Sindicato, 120
Número suelto 5 céntimos

LA CORRESPONDENCIA

para la Redacción deberá dirigirse á nombre de Francisco Roca y para la Administración al de Agustín Roca.

CALVARIO

Era la tarde del sábado cuando los tres oficiales del pequeño taller de ebanistería trabajaban con alguna dificultad en la penumbra para llegar al término de la jornada.

El viejo patrono—que se hallaba inspeccionando la escasa obra hecha durante el día—sacó su reloj de bolsillo, miró la hora y mandó suspender las labores. Después se dirigió á una antigua mesa de escritorio que estaba situada en uno de los ángulos del taller, sacó de un cajón algunas monedas, hizo de ellas tres particiones y llamó á Ricardo, el más antiguo de sus oficiales.

Ricardo acudió al llamamiento, iba triste, preocupado, porque ya sabía él que su maestro iba á darle una mala noticia. Había dos semanas que le habló en esta forma el anciano patrono:—Amigo mío, esto va muy mal; el trabajo es más escaso cada día, y este pobre taller corre á su desaparición. Es ley del progreso que la industria grande venga á matar la industria pequeña. Así es que esa gran fábrica de muebles que acaba de ser establecida á pocos pasos de nuestro modesto taller absorbe hoy gran parte del trabajo que antes nos tocaba realizar á nosotros. ¿Y cómo no? Tiene una porción de buenas máquinas que producen mucho y muy barato, recibe abundantes partidas de primeras materias á precios relativamente exiguos, y es imposible que podamos sostener la competencia. Lo obra que ordinariamente se nos encarga es insuficiente, como sabes tú, para dos oficiales. Mi hijo y mi sobrino—tus dos compañeros de trabajo—bastan y aun sobran para la tarea que hoy tenemos. Pues bien: siendo ellos individuos de mi familia, y hallándome en la necesidad de suprimir, cuando menos, un operario, me parece que lo más equitativo es que tú seas la víctima. Yo siento mucho dar este paso. ¿No he de sentirlo, cuando existe, además del precio en que te tengo por tus buenas cualidades, la circunstancia de que esta supresión de tus servicios redunde también en perjuicio mío? Busca otra colocación por ahí; te concedo un término de dos semanas.

El viejo maestro, que era hombre de buen corazón, estaba dolorosamente impresionado cuando pronunció esas palabras.

Ricardo recorrió todos los talleres de ebanistería de la población en busca de trabajo, pero fueron inútiles sus pesquisas: en todas partes sobraban operarios.

Por eso, cuando el Sr. Paco, su maestro, le llamó para entregarle el jornal de la semana, sintió Ricardo que su corazón se agitaba con bruscas sacudidas.

—¿Has encontrado algún hueco por ahí?—le preguntó su maestro.

—Ninguno—respondió Ricardo.—En todas partes hay exceso de trabajadores.

—Esto es horrible. Yo continuaría teniéndote en mi casa, pero no puedo ser. Mi situación es tan apurada, que me he visto hoy en la necesidad de pedir dinero prestado para el pago de jornales. Ya lo ves, somos víctimas del progreso industrial, de la concentración capitalista... ¡Si tú supieras qué ideas tan revolucionarias se me ocurren...! En fin, Ricardo, yo te llamaré si el trabajo aumenta algún día en mi casa. Pero no te forjes ilusiones.

Ricardo recibió su jornal de la semana y salió del taller despidiéndose á media voz. Parecía afónico.

—Lo cierto es que el maestro—pensaba Ricardo mientras se dirigía á su casa—me ha hablado con sinceridad; pero ¿por qué yo, que me hallo en la plenitud de la vida, no he de encontrar trabajo que deseo para atender á mis necesidades? ¿Habrá de llegar un día, si estoy mucho tiempo forzosamente ocioso, en que me vea obligado á pedir limosna?... ¡Limosna yo!... No me sería posible sufrir una humillación tan bochornosa. Antes...

Por la mente de Ricardo pasó una idea criminal, pero no exenta de lógicas. Si el hombre, según las leyes de esta hipócrita sociedad, no tiene derecho á la muerte por suicidio, ¿qué razón hay para que no tenga derecho á la vida?

Ricardo llegó á su casa. No sabía cómo decir á pobre esposa lo que le sucedía. Pero era preciso referírsele todo, y se lo refirió después de muchas vacilaciones.

—No te apures por eso—le dijo su mujer pretendiendo animarle.—Ya encontrarás trabajo en otro taller.

Pero pasaron semanas y semanas y Ricardo no encontraba dónde dar ocupación á sus brazos y á su inteligencia.

La situación de la pobre familia se hizo insostenible. Los dueños de las tiendas en que Ricardo compraba se enteraron de que, éste se hallaba sin trabajar... y le cerraron la puerta del crédito. El propietario de la habitación que ocupaba, viendo que no podía cobrar los alquileres, le amenazó con «ponerle los trastos en la calle.» Todo era miseria, sólo para aquella honrada familia de trabajadores.

Ricardo trató, en contra de sus sentimientos paternales, de que sus hijos pudieran ingresar en un asilo para atenuación de su desgracia, pero no pudo conseguirlo. No había hueco para ellos; y si lo había, necesitaba Ricardo muy buenas recomendaciones para ser atendido.

Un día, cuando toda, esperanza llegó á perderse para quienes de tal modo eran víctimas de las desigualdades sociales, dijo Ricardo á su esposa con sordo acento:

—Hoy vendrán los ejecutores de la ley á echarnos á la calle por el horrendo crimen de no tener dinero para pagar el alquiler de esta vivienda. ¡Es imposible ya la vida para nosotros! ¡Si tú te atrevieras...!

—¿A qué?—respondió con viveza la pobre esposa como queriendo dar fuerza al ánimo del ebanista.

—A realizar lo que yo pienso para que nuestros hijos se salven. Hoy no encontramos asilos para ellos, porque en todos estos establecimientos, llamados benéficos aparentados, hay exceso de criaturas desgraciadas. Hoy, nadie se acuerda de nosotros para sacarnos de esta situación apuradísima. Mis amigos, que han hecho todo lo posible por favorecernos, son pobres y no pueden ayudarnos á soportar la carga de la vida. Pues bien: si hoy, cuando veogan los esbirros que han de hacernos desalojar la casa, encontraron en ella tu cadáver y el mío, los infames que nos empujaron á la miseria lanzarían hipócritamente un grito de horror y se apresurarían á poner sus cuidados en favor de nuestros pobres hijos.

—Te comprendo, y estoy resuelta á realizar lo que pretendes. Muramos para que nuestros hijos vivan.

—Pues... valor, ya que es necesaria tan dolorosa prueba.

Ricardo salió y no tardó en volver acompañado de un traperero.

—¿Cuanto da usted por esas bagatelitas?—preguntó á su acompañante señalándole los pobres restos de su ajuar; de los que había separado unos cacharros.

—Dos pesetas.

El ebanista no regateó.

—Vengan.

Cogió las dos pesetas, y el traperero salió cargado con su compra.

—Hoy comeremos—dijo Ricardo á su esposa—; pero será por última vez.

Cogió una jarra de barro, volvió á salir y regresó luego con varios panes y la vasija llena de humeante café. Hizo en seguida raciones para los pequeños, echó en el líquido que quedaba en la jarra un tóxico que traía envuelto en un papel, agitó el contenido de la vasija, sirvió á su mujer una taza, se sirvió él otra, y ambos esposos apuraron sus correspondientes raciones.

Cuando los ejecutores de la ley fueron, poco después, á dar cumplimiento á su misión, se encontraron con dos cadáveres y con cuatro niños que lloraban amargamente y llamaban á sus padres con gritos de desesperación.

La Prensa noticiara publicó extensos relatos, recargados de todos vivos, dando cuenta del hecho; la sociedad se conmovió hondamente y los asilos se abrieron para recibir á los pobres huérfanos.

Sin embargo, la sociedad, después de la impresión primera, siguió esperando con mucha tranquilidad otra ocasión para conmoverse nuevamente.

Álvaro Ortiz.

NOTAS SUELTAS

El omnipotente Zar que por «Gracia de Dios» rige, (ó mejor dicho, regia porque ahora apenas se llama *Pedru*) los destinos de la Rusia; el que se creía amo y señor de cien millones de seres humanos sobre los cuales pasaba el yugo del más feroz despotismo; aquel ante quien todos los rusos se debían arrodillar y considerar como dueño de sus vidas y haciendas; el que, en la visita que hizo á Francia hará cosa de dos ó tres años presentóse como el más poderoso señor de la Tierra, ante el cual hizo *rendez vous* la vacua República, derrochando en su obsequio varios millones de francos solo en unos cuantos días; Nicolás II en fin, hallase ahora recluido en el palacio de Tsarkoise-lo, rodeado de cosacos y no atreviéndose á salir de él, por temor de que la ventolera revolucionaria que por allí sopla con furia desde hace un año, lo derribe y lo barra como hoja seca.

Inconvenientes de creerse superiores á los demás mortales y de fundamenar esta superioridad en una ficción. A lo mejor la realidad se encarga de demostrar á emperadores y reyes, que entre ellos y el más insignificante pelagatos, no existe ninguna diferencia natural, fisiológicamente hablando.

Y eso hace abrir los ojos á las muchedumbres. Para su bien.

A lo que parece y según testimonio de la propia prensa católica, lo que más ha escocido á los curas y monagos franceses de la recientemente votada ley de separación de la Iglesia y el Estado, han sido los artículos por los cuales se suprimen los garbanzos presupuestivos á la grey tonsurada.

Los que pretican á los pobres que el serlo es un mérito para ganar la gloria celestial; y que es más difícil entrar un rico en el cielo, que pasar un camello por el ojo de una aguja; ahora que se les presenta ocasión propicia para figurar entre los primeros y por consiguiente ser de los escogidos para gozar la vida eterna, cambian de sonata y exclaman *vade retrol*.

Y es que no es lo mismo aconsejar resignación á los que de todo lo que hace grata la vida carecen, que saberla tener, cuando son los que la predicaban los que se encuentran en el caso de dar ejemplo.

Es natural. No en balde están en el secreto.

Y dice *L'Eclair* de París á propósito de la supresión de los consabidos garbanzos oficiales á la gente sotana.

«La Iglesia, reducida á vivir al día, no pudiendo recibir legados, ni disponiendo de medios para sostener sus innumerables cargas, expuesta á penalidades equivocadas, declarada sospechosa y abrumada á persecuciones, se convierte en una víctima.

El castigo vendrá.»

¡Pero señores neos! ¿no quedamos en que Dios cuida de los lirios del campo y de las aves del cielo? Pues si eso es así como decís, ¿á qué vienen esas lamentaciones porque os acortan el chorro de *vil metal*, que al fin y al cabo pretendéis que es un estorbo para ganar la gloria?

Además, que según vuestras propias prédicas, no se mueve una hoja del árbol sin que Dios se lo ordene, y siendo así, cabe suponer que cuando ha permitido que en Francia limpien el comedero á sus ministros, será porque así le conviene y merecido lo tendrán.

¿Estamos?

El Sr. Moret, al decir de *La Última Hora*, promete á la Comisión central obrera, encargada

de gestionar allí en representación del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores que se atienda al abaratamiento de las subsistencias, que en los Presupuestos de 1907 ya no figurará el odioso impuesto de Consumos.

¡Qué sabe lo que va á suceder de aquí á un año el exjefe de los fosforilos!

¡Profecías aquí, donde los Ministros se suceden como los pelotazos en una barraca de *pim-pam-pum*, y cada político y politiquillo burgués tiene un programa para su uso particular!

¡No nos jaga Vd. reir D. Segts!

Quiere esto decir, Sr. Moret, que los socialistas y los trabajadores organizados, sabemos el valor que podemos conceder á palabra de ministro.

Y que por lo tanto, después de tomar nota de su promesa, aunque no sea más que para emplearla como argumento en su día, continuaremos sin rogar á Dios, pero dando con el mazo al odiado impuesto, hasta lograr su completa desaparición, por lo ménos para los artículos que se ve precisada á consumir la clase proletaria.

Porque es el único medio eficaz de conseguir algo.

La revolución en Rusia continúa en progresión ascendente. La huelga de empleados de correos y telegrafistas unida á la de los obreros de los ferrocarriles, ha causado incalculable trastorno en las esferas gubernamentales, sin que haya impedido que los revolucionarios se transmitieran órdenes, cual si dispusieran por completo de la telegrafía sin hilos, y de transmisores invisibles.

En el Cáucaso al igual de la Finlandia han proclamado su independencia y en gran número de comarcas sus habitantes se reparten las tierras comunales, sin importarles una higa la intangibilidad de los derechos que sobre ellas decían poseer los ricachos, que hasta el presente las veían poseyendo como propiedad privada.

Un ejemplo más de lo sagrados que son los tales derechos.

No resisten un escobazo revolucionario.

Ohanchullo tenemos. Ya lo sabemos.

Con estos buenos días, parodiando á los frailes de la trapa, deberíamos saludarnos los españoles cada mañana al encontrar á un prógimo por la calle, seguros de que no hablamos de engañarnos.

Porque, vuélvase por donde se vuelva, en cuanto se hurga una miaja dondequiera que sea del cuerpo social burgués, se descubre una trapacería.

Una de las más recientes, es la puesta al descubierto por Sorianó en la Cámara popular, y se refiere á una expuerta de millones *arramblados* por gente de *upa*, habiéndose valido para realizar el negocio, de una mar tingala llevada á cabo con motivo del estampillado de los títulos de la Deuda exterior.

Danzan en el agio una porción de *excelentísimos* señores pertenecientes como puede suponerse á las fuerzas vivas y directoras de la nación, entre los que no faltan papás y abuelos de la patria, y siendo el héroe un margués.

Bueno, dirán ustedes, pero ahora que el galuperio ha salido á la superficie, se sentará la mano de firme sobre los que estén salpicados de todo. ¡Inocentes! Lo que de fijo sucederá, es que con una coladita en el Congreso y una mañanita de sol, van á quedar todos los interventores del negocio, más limpios que una patena y con el mismo derecho que antes á que se les llame Vuesa Señoría y excelentísimo señor.

Porque este es el final estereotipado de todas las irregularidades, que cometen los de las al-

turnas. Si se tratase de pelafustanes á quienes el hambre hubiese inducido á cometer una ratería de tres al cuarto, ya sería otra cosa.

Por algo aun hay clases.

NAVIDAD Y FIN DE AÑO

He aquí quince días de aberración mental para la humanidad cristiana: la civilización y los graves problemas sociales que preocupan al hombre no bastan para librarle de estas costumbres dispendiosas, de estos groseros prejuicios que le hacen esclavo y ridículo.

¿Es Navidad? ¿Es fin de año? ¿Es la Epifanía? Pues él, en nombre de la costumbre, está obligado á hallarse contento, á reír mal de su grado, á interrumpir sus negocios, á detener el curso de los prácticas más importantes, á atiborrarse el estómago, simplemente porque así lo exige la moda, así lo hacían nuestros abuelos y así acostumbra á hacerlo todo el mundo civil.

Apenas el sol se levanta y asciende, la tierra y el mar palpitan con el ritmo de siempre; plantas y animales continúan en sus funciones consuetudinarias...; solamente el hombre, el rey de la Creación, cree oportuno entregarse á la alegría tonta; ponerse en convulsión digestiva por quince días en honor al prejuicio y á los usos comunes.

Pero ¿por qué perder tantas jornadas de trabajo, gastar tanto dinero, interrumpir tantos negocios, vaciar tantos jarros y botellas? ¿Por qué esta obligación? ¿Por qué comer de más, reír á toda costa, por qué?

En estos días es imposible abrir un periódico, una revista, una carta, imposible encontrar á un amigo, asomarse á la ventana, recibir á una persona, aunque sea un deudor, sin que nadie deje de empezar su conversación con un *¡Felices Pascuas! ¡Feliz Año Nuevo!*

Las personas que apenas conocéis os invitan á comer, á jugar á las siete y media, á la lotería; os sentís llamar, apostrofar por las calles, os asedian en casa, os escriben, os telegrafían, os mandan llamar; en suma, una verdadera opresión.

Ningún miramiento, ninguna delicadeza para quien ha perdido á su madre, para quien vive sin familia, para quien tiene un enfermo en casa, para quien tiene el corazón impresionado por un dolor reciente ó el alma amargada por una desventura. Ninguna piedad en medio de este atreamiento; ninguna piedad para quien no tiene; ninguna mirada para quien tiene hambre, para quien tiene el estómago vacío, para quien no tiene un céntimo en el bolsillo.

Por todas partes se ven cestas llenas de botellas conteniendo vinos y licores exquisitos, bandejas con dulces excelentes, con carnes jugosas, con peces rarísimos; los demandadores pasan llevando á sus espaldas todo este bien de Dios y hasta del otro: juguetes multicolores, muebles elegantes, cajas misteriosas, enormes pasteles, pirámides de confitura, ramos de flores olorosas, y por todas las calles un vaivén continuo, incesante: parece vuelta la época de la esclavitud romana, cuando los esclavos pacientes trabajaban día y noche en la preparación de los sabrosos banquetes de César triunfante y cruel.

Hombres graves, envueltos en pieles, pasan al trote de sus caballos; y el carruaje, al pasar, lanza un resplandor de cristales, una visión de flores, un reír de envoltorios elegantes, señoras y señoritas presurosas, elegantísimas, con sus largas boas de marta y sus sombreros de plumas, llegan á sus casas antes que las vistosas compras: criados y servidores, con las libreas nuevas y relucientes, se precipitan con mensajes de felicitación á diestro y siniestro.

La ciudad parece alegre, de fiesta; parece que no piensa sino en el estómago de sus hijos gordos; las sastras, las modistas galopan por las calles con las enormes cajas y envoltorios donde llevan adornos de cintas y encajes y terciopelos... Todos corren, todos tienen prisa, todos cambian sus ropas, sus despensas, sus casas; todos hacen y reciben donativos, se atribuyen apretones de manos y cumplimientos é invitaciones, y toda la humanidad parece reconciliada y feliz.

¡Qué júbilo, que alegría, qué comidas se preparan... y qué borracheras! Quién la cogerá con Jerez, quién con Champagne, quién con Rioja, quién con vino común; todos tienen en perspectiva un gran goce gastronómico y todos son felices... ¿Felices del todo? Y principalmente, ¿felices todos?... Yo recuerdo que en mi más tierna edad, en el periodiquito semanal de los niños leía todos los años una novelita, siempre la misma, aunque con algunas variaciones. Una niña rica, vestida de raso azul, con una hermosa muñeca, y una niña harapienta y descalza, tiritando de frío y de hambre... Una dama elegante, con serico vestido, y una pobre mujer de rostro pálido por las privaciones, despeinada y mal vestida, que queda deslumbrada, con una sonrisa estúpida, frente á la bellísima señora... Un obrero con la blusa negra por el mucho uso y el fatigoso trabajo, con los zapatos destrozados y los pantalones llenos de remiendos, el pecho velludo y la barba inculta, que encuentra á un antiguo patrono suyo bien cubierto con el impermeable, bien afeitado y peinado, con los chanclos que le preservan de la humedad, y el servidor que obsequiamente abre la portezuela de un cómodo cupé... Una viejecilla miserable y macilenta, camina por la calle, sucia de barro, mientras algunos escolares se moñan de ella y aun le dan empujones... Y así continúa siempre la novelita, piadosa para niños ó el artículo saturado de caridad para los adultos; todas las revistas, todos los periódicos, publican cada año esta nota conmovedora que, con palabras románticas, deplora la pésimas repartición de los bienes de esta tierra.

Pero desde hace muchos años el mundo es así; la famosa civilización, que da pasos de gigante en el mundo, no ha enseñado todavía á los ricos y á los felices que es obligatorio sentir piedad hacia quien lucha y quien sufre, como obligatorio es dar lo superfluo á quien muere de hambre. La cultura moderna habría debido enseñar esta piedad civil á los grandes de la tierra, quienes deberían desistir del sistema de pasar por delante de los propios ojos de los desgraciados que, descalzos y macilentos, circulan por las calles de la ciudad, los dulces, las flores, los abrigos y los regalos con que llenan sus casas, mientras ciento mil boardillas del pueblo están desprovistas de fuego, de luz, de pan. Bastaría la milésima parte de todo ese dinero derrochado para consolar á mil desheredados, para calentar mil habitaciones, para hacer reír á centenares de niños.

Es que la bondad y la piedad, hasta ahora, han estado reducidas á palabras, y el amor al prójimo sólo es una fantarronada platónica, empleada para hacer efecto en cualquier artículo ó en cualquier novela, que dará la nota sentimental en la hora de la siesta.

También yo sé una bonita novela sobre la noche de Navidad, y voy á contarla. Aunque no será tan fantástica como las que habéis oído de niños de boca de vuestra abuela ó de vuestra madre, de todos modos dejadme que sea hoy para vosotros hermana mayor que os cuenta una historia.

Eran dos pobres viejos nacidos en los Abruzzos, que, sufriendo toda su vida sobre los áridos terrenos que cultivaban, pudieron educar doce hijos robustos y honrados. Pero aquellos hijos

no encontraron modo de vivir en su patria y emigraron todos, á medida que las exigencias y la edad hacían imposible la vida miserabilísima que habían de llevar.

Los dos viejos, solos y débiles, fueron arrojados por el dueño de las tierras, y después de haber peregrinado por campos y ciudades pidiendo limosna, quedaron en Roma, instalados en una cueva angosta y húmeda, fuera del Pópulo y cerca del Acquacetosa.

La víspera de Navidad aquellos dos pobres mendigos recogieron muchos trozos de pan y cortezas de queso y mucha carne fambre, porque los buenos cristianos, no queriendo comer carne la víspera y teniendo en perspectiva para la fiesta de Navidad gordos capones, olorosos y humeantes, encontraban bueno dar á los pobres aquellas carnes que para el día siguiente no estarían muy buenas. Pero los dos pobres viejos, verdaderamente católicos, afrontaron el hambre antes que comer carne ó pan impregnado de grasa y se recogieron en su cueva húmeda y fría para pasar la Nochebuena.

Estaba oscuro y helado; el mísero hogar apagado, con alguna ceniza fría. Una gruesa piedra por asiento, pocas hojas por tierra para lecho, nada de fuego, nada de luz. La viejecita, acurrucada sobre aquel pedrusco, refería con voz lenta todas las buenas cosas que había visto durante el día, y sobre todo un gran carro de troncos de castaño que descargaban á la puerta de un palacio suntuoso.

Los troncos, contaba, los metían en grandes espueñas, que dos criados, limpios y fuertes, entraban á la casa, y el trabajo había durado cerca de dos horas; ¡dos horas que ella había pasado apoyada en la pared, contando aquellos troncos, mirándolos ávidamente, acariciándolos con el pensamiento! Seguramente procedían de los espesos bosques de los Abruzzos. La viejecilla sentía en ellos su país, aspirando aquel olor de tierra y de leña seca, propio de los troncos viejos; ¡ella volvía á ver sus terrenos, sus hijos, la modesta casita, donde había poco pan, mucha fatiga, pero tantos troncos, tanta leña, montañas de haces de troncos y raíces!... ¡Ah, aquellos troncos suspiraban!

El viejo escuchaba maravillado. Raramente hablaba tanto María Ana.

Las mujeres campesinas están casi siempre taciturnas y graves. La edad, la miseria y el destierro habian dejado poca vida á María Ana.

Y sin embargo, ¡cuánta hablaba aquella noche!... Sentía una inmensa ternura invadida por el viejo corazón llagado. María Ana hablaba, y aquella voz era el recuerdo de las pláticas abrucesas, era el olor de las selvas, de los campos; era la evocación de la vida pasada, con pocas alegrías, con el trabajo afanoso sobre los campos áridos y secos, por donde continuamente cruzaba, vivificador y potente, el aroma de los bosques resinosos, el grito gutural de los leñadores que abatían con sus hachas los viejos troncos... ¡Ah, aquellos leños olorosos!

María Ana miraba delante de sí, con un ardiente deseo dentro del alma, miraba en la obscuridad, y seguía hablando.

—Tonio..., ¿tú no ves algo?

Su voz conmovida se hizo trémula y casi temerosa. Se acercó á su hombre, se pegó á él; las delgadas manos que tenía bajo el delantal experimentaron un temblor.—Tonio, ¿no ves?—repetió. Tonio se estremeció. Ante los dos viejos, paralizados por el ayuno y el frío, apareció una luz amarilla que venía del hogar, de las cenizas apagadas y frías. Una luz amarilla y brillantes primeros parecían dos fuegos; después, á los ojos de ambos, fué uno sólo.

¿Un solo fuego, una luz?

¿Dos fuegos, dos luces? Una luz.

¿Una chispa? ¿Un tizo abandonado desde ayer?

No, no; un leño, un leño se enciende... el fuego de Navidad... Dios no abandona á los pobres... Dios les ayuda...; ¡es el tronco, el fuego de Navidad!

No dijeron esto, no formularon estas frases, no se comunicaron este ansia, este temor, esta alegría... Desde hacía cincuenta años vivían unidos, iguales las almas, las inteligencias, los pensamientos, las angustias... Pero se entendieron.

Mudos, estrechados uno junto al otro, permanecieron en una beatitud que era atontamiento, ayuno, hambre, frío, alegría, dolor, miedo y superstición. Esperaron, sintiéndose calentados por aquella luz y murmurando, unidos, un rosario que duró eternamente...

La fría luz del 25 de diciembre, entrando en aquella cueva desolada y glacial, iluminó dos viejos rígidos, muertos en la noche de Navidad, mientras allí cerca, en la ceniza fría del mísero hogar, un gran gato negro les miraba todavía fijamente.

¡Santa ilusión! Los dos habían expirado felices, convencidos de que Dios no abandonaba á sus hijos, convencidos de que también para ellos brillaba el fuego de Navidad.

¡Oh, civilización cruel! Tú has segado tantas ilusiones de éstas, y luego no has sabido sustituirlas con la piedad discreta que nos enseña á ocultar nuestra dicha y nuestra felicidad á los ojos de quienes tienen el alma llagada y los ojos enrojecidos por el llanto. Esconder los estómagos repletos y hartos por excesivo alimento, ocultarlos á aquellos que sienten los espasmos y las torturas del hambre.

¡Oh, civilización cruel; y cuántas cosas no has sabido enseñar, cuántos defectos en tu corona dorada, cuántas deficiencias en tu camino de gloria!

Felicitaciones y saludos; comidas y franquicias, sonar de botellas, trotar de caballos, reír de sedas y rasos, cuando á tu lado grita, combate y llora tu semejante, presa de la miseria, de la usura, de la depravación y de la bestialidad.

¡Civilización cruel y luminosa, déjame que espere en un triunfo tuyo más equitativo, más válido! ¡Déjame que espere en tí por la desaparición de estómago de una parte de la humanidad y déjan á la otra en perfecto ayuno!

Se me ocurre acordarme ahora de los millones gastados en la coronación de Eduardo VII, de los millones que costó la campaña de Transvaal, y los sumo á los millones de comidas y banquetes de Navidad y fin de año, á los millones de aguinaldos inútiles y fútiles que se han cambiado, á los millones que cuestan estas mezquinas vanidades, estos odiosos egoísmos, estos rancios prejuicios, y pienso cogerlo todo en un puño y arrojarlos á todos los miserables; los vagabundos, los hambrientos que veo en mi alrededor. Pienso, sí, en la suprema, la grande alegría que saliendo del alma gritaría fuerte: ¡Buen año, buen día, buena comida para toda la humanidad! ¡Segura, finalmente, todos tienen un pan, una muñeca, un leño, una ilusión que les consuele y sostenga!

¡Oh, civilización magnífica, bolla y triunfante! Enseña á los hombres á no mentir sin necesidad extrema, á no tener indigestiones á fecha fija, á no hundirse en el egoísmo, en el embrutecimiento de todos los sentidos de delicadeza, de piedad, de equanimidad. El sol es de todos, para todos palpita el mar, para todos produce la madre tierra; ¡sean, pues, para todos los bienes que tú, civilización, conquistaste, y á todos vayan reabilitando, confortando, consolando!

Zina Conta Tartarini.

EN EL CENTRO OBRERO

El domingo día 17, a las seis y media de la noche, verificáronse los exámenes del presente curso, para los alumnos de la Escuela de la Federación Balear. El local del Centro estaba bonitamente adornado con las banderas y estandartes de las sociedades obreras, concurrieron al acto muchas mujeres, y un centenar de alumnos, y, en representación de el Ayuntamiento, los señores Castaño, Castañer y Obrador, de la Junta local de Reformas Sociales, asistieron los señores Valeriola, Olivér, Bueno y Amengual.

Presidió el compañero Roca, y después de haber hecho la apertura y saludando a los reunidos, cedió la presidencia al Teniente alcalde Sr. Castañer el que en representación del Ayuntamiento saludó a la Federación y a todos los reunidos, felicitándose por los progresos de la indicada Escuela y ensalzó la instrucción del obrero.

Acto seguido bajo la dirección del profesor D. Ramón Tomás, fueron examinándose los alumnos de las clases diurnas y nocturnas en la siguiente orden:

1.ª Sección de la clase diurna

Francisco Salamanca.—Lectura, Geografía, Aritmética, Gramática, Historia y Problemas.

Juan Martí.—Lectura, Geometría, Aritmética, Geografía, Historia.

Pedro Torrens.—Lectura, Geografía, Aritmética, Gramática é Historia.

Jaimé Marl.—Lectura, Aritmética, Geografía, y Aritmética.

Antonio Martí.—Lectura, Aritmética y Geografía.

Pedro Pujol.—Lectura, Geografía é Historia.
Guillermo Burguera.—Lectura, Historia y Geografía.

Pedro Comas.—Lectura y Geografía.

Gaspar Sabater.—Lectura y Geografía.

2.ª Sección de la clase Nocturna

Antonio Medinas.—Lectura, Aritmética y Problemas.

Juan Forteza.—Lectura, Aritmética y Problemas.

Juan Deyá.—Lectura, Aritmética y Problemas.

Miguel Femenias.—Lectura, Aritmética y Problemas.

Miguel Escarrer.—Lectura, Aritmética y Problemas.

Sebastián Colom.—Lectura, Aritmética y Problemas.

Matias Pizá.—Lectura.

Antonio Rullan.—Lectura y Aritmética.

3.ª Sección de la clase Nocturna

Miguel Roca.—Lectura y Cuentas.

Juan Pous.—id. id.

Guillermo Coll.—id. id.

Juan Salamanca.—id. id.

Gabriel Juliá.—id. id.

Juan Bonnin.—id. id.

Miguel Portell.—Lectura.

Miguel Colom.—id. cuentas.

José Poch.—id. id.

Antonio Bisbal.—id. id.

4.ª Sección de la clase nocturna

Bernardo Boni.—Lectura y Cuentas.

Francisco Portell.—id. id.

Bartolomé Roig.—id. id.

José Amengual.—id. id.

Antonio Bonnin.—id. id.

Rafael Rullan.—id. id.

José Valls.—id. id.

Juan Llinas.—id. id.

Resultado de los exámenes y calificación de premios

1.ª Sección.—Clase diurna

1.º premio.—Pedro Torrens, un corte de pantalón.

2.º id.—Francisco Salamanca, id. id. id.

3.º id.—Juan Martí, una camisa franela.

4.º id.—Jaimé Marl, id. id. id.

5.º id.—Pedro Pujol, una gorra.

6.º id.—Antonio Martí, una camiseta interior.

7.º id.—Guillermo Burguera, un portabilibros.

2.ª Sección.—Clase nocturna

1.º premio.—Antonio Medinas, un corte pantalón.

2.º id.—Juan Deyá, id. id. id.

3.º id.—Juan Forteza, una camisa lista.

4.º id.—Sebastián Salom, una gorra.

5.º id.—Miguel Escarrer, una gorra.

6.º id.—Miguel Femenias, una camiseta interior.

7.º id.—Antonio Rullan, media docena pañuelos.

3.ª Sección.—Clase nocturna

1.º premio.—Juan Salamanca, un corte pantalón.

2.º id.—Miguel Roca, una camisa franela.

3.º id.—Guillermo Coll, una camisa lista.

4.º id.—Gabriel Juliá, una gorra.

5.º id.—Juan Pous, una gorra.

6.º id.—Miguel Colom, una camiseta interior.

7.º id.—José Poch, media docena pañuelos.

4.ª Sección.—Clase nocturna

1.º premio.—Juan Llinas, un corte de pantalón.

2.º id.—José Valls, una camisa franela.

3.º id.—Francisco Portell, id. id. lista.

4.º id.—Bernardo Boni, una gorra.

5.º id.—Rafael Rullan, una camiseta interior.

6.º id.—Antonio Bonnin, media docena de pañuelos.

7.º id.—José Amengual, id. id.

Terminada la repartición de los premios a los alumnos examinados, se repartieron a todos los alumnos objetos de escritorio y libritos de novelas, lo que demostraron todos quedar agradecidos.

Se repartieron también seis Bonos de cincuenta céntimos cada uno donativo recibido del Alcalde de Palma D. Jaime Font y Monteros para los seis alumnos más necesitados, agradeciendo el obsequio. El Presidente concedió la palabra al Profesor.

El profesor dijo:

El maestro es un ser despreciado por todos, va solo por el mundo, y no le rodea la turba de amigos que se le acerca cuando la fortuna sorríe, nadie se fija en él porque nada hay en su persona que solicite la atención del vulgo, sigue su camino sin que nadie se preocupe de él, sin que nadie pregunte su nombre, sin que nadie muestre interés de conocerle.

Por su parte, él parece no darse cuenta del violento hincacán que a veces las pasiones desencadenadas levantan en la sociedad. Sabe de antemano que aquellas iras no se dirigen contra él, porque nada de cuanto hay en su existencia puede excitarlas; que aquellas ambiciones no tienden a derribarle, porque en puesto están humildes que a ninguna tienta: que aquella envidia abriendo sus fauces de monstruo no es a él a quien intenta devorar porque su persona es presa bien pequeña para que la satisfaga; que aquellos odios que en forma de tormentosas nubes van aglomerándose sobre el horizonte y amenazan destruirlo todo, no han de herir su cabeza cuando lances la tremenda descarga, porque el rayo cae de preferencia en lo alto y su cabeza está bien baja para que pueda alcanzarla.

Todo el mundo lo desprecia al ver su pobre apariencia é ignora que él pasee el inmenso tesoro

del porvenir. Lo ve rodeado de humildes pequeñuelos y no comprende que estos diminutos de hoy han de ser los grandes de mañana.

Ve que en torno de él se levantan cabezas sonrientes y no se da cuenta que en cada una de aquellas se encuentra un cerebro en que el maestro va sembrando sus ideas para hacerlas perdurables. Contempla cerca de él débiles pechos, quizá cubiertos por los harapos de la miseria; pero olvida que debajo de ellos late un corazón con toda la plasticidad que le presta la infancia, es apto para recibir las impresiones de los sentimientos que en él quieren depositarse.

La multitud le compadece, el vulgo le llama pobre; pero él, que puede disponer de lo futuro, él, que esparce la semilla del saber, él que alimenta los espíritus y nutre los corazones.

No, no es pobre, aunque no posea el más insignificante de los bienes materiales, es dueño en cambio de lo más bello, de lo más grande, de lo más valioso que hay en cada mortal.

Mañana, cuando su obscuro nombre haya dejado de pronunciarse para siempre, cuando las malezas del olvido cubran el sitio donde fueron depositados sus despojos mortales, cuando nadie recuerde los rasgos de su fisonomía, entonces flotará su espirituoso en girones luminosos, esperando flotará por largos años, por siglos quizá para siempre.

Quién será capaz de arrancar el gigante arboreado de la simiente depositada por el maestro en el fértil terreno de las inteligencias infantiles, cuando nutriéndose con la savia de aquellas mismas inteligencias haya pasado de una a otra a través de incontables generaciones.

Por no disponer de espacio suficiente en este número dejamos para insertarlo en el próximo, el discurso pronunciado por el Sr. Eleta en dicho acto y las conclusiones del mismo.

MARRATXÍ

El Consejo de Administración de la Sociedad Cooperativa «Casa del pueblo de Marratxí» lo forman los compañeros siguientes:

Presidente, Juan Pizá Amengual; vice presidente, Jaime Rotger Mas; secretario, Rafael Sastre Bestard; vice-secretario, Gabriel Serra Mas; contador, Bernardo Serra Creus; tesorero, Martín Amengual Reinés; y para vocales, Juan Cañellas Amengual, Jaime Reinés Quetglas y José Mas Coll.

Para su dirección, Barrio de la Cabaneta, 86.

MOVIMIENTO SOCIAL

EXTERIOR

ALEMANIA.—Los socialistas de Sajonia han emprendido una viva campaña a favor del sufragio universal para la elección de la Cámara de aquel Estado.

Reclamando el citado derecho han celebrado numerosos mítins y manifestaciones en las calles. En Dresde el número de manifestantes ha pasado de 25.000.

Dichos correligionarios están resueltos a acudir a la huelga general política si no se atiende su petición.

—Bebel ha pronunciado un nuevo discurso en el Reichstag combatiendo la política exterior del Gobierno alemán y defendiendo a los socialistas rusos de los epítetos que el canceller Bulow les dirigiera.

BÉLGICA.—Los socialistas de Bruselas han conmemorado el XX aniversario de la fundación de su órgano principal en la Prensa—*Le Peuple*—con una gran reunión en la Casa del Pueblo.

PALMA DE MALLORCA

Imprenta de Francisco Soler, Conquistador, 39 y 41